

PLUMA y LAPIZ

AVENUE DE
BIBLIOTECA
MADRID *

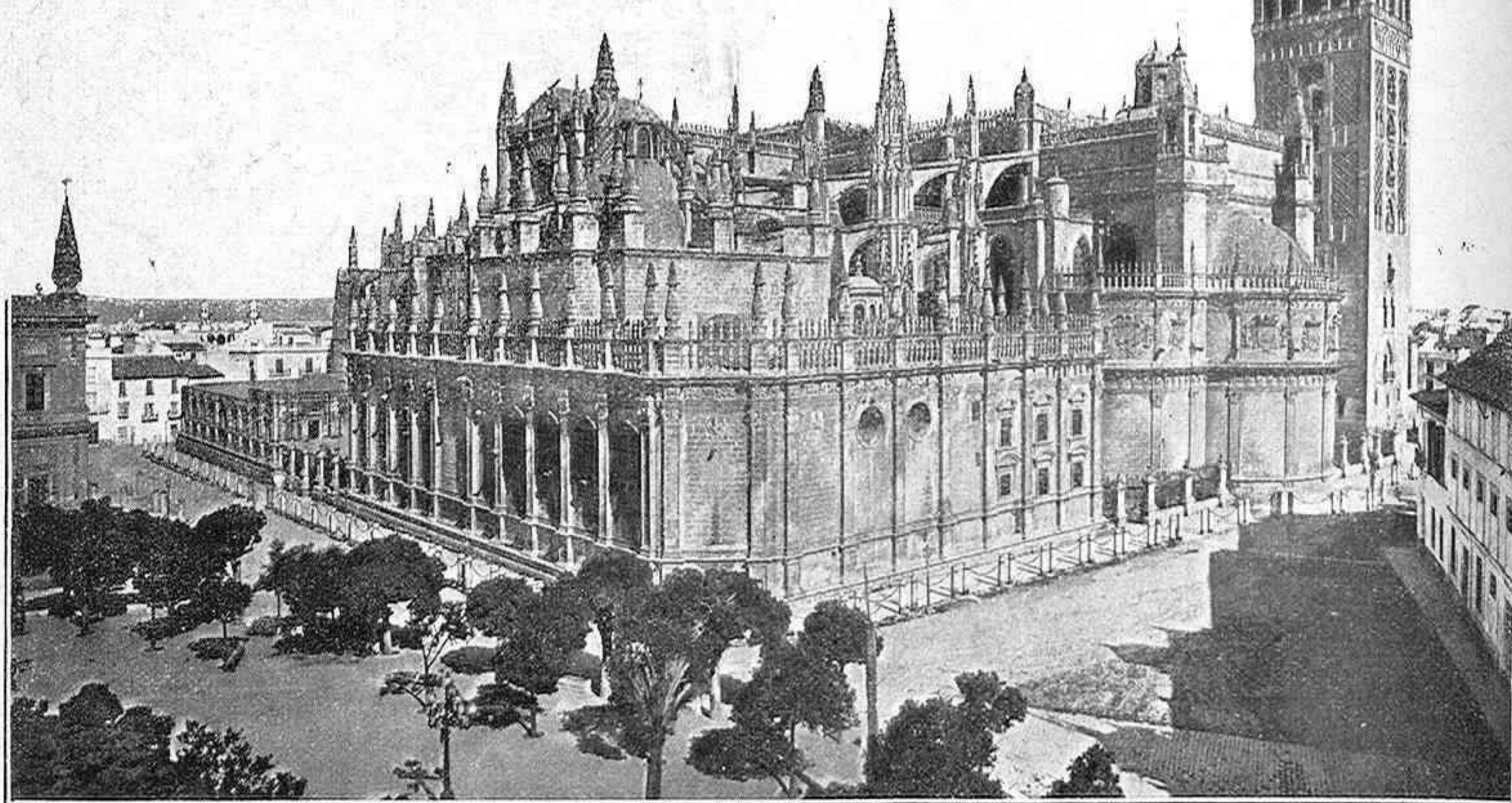


NÚM. 11

LEYENDAS Y TRADICIONES

(SEVILLA)

Las cortes de Burgos tomaron, en 1170, el prudente partido de declarar mayor de edad al octavo Alfonso que á la sazón contaba quince años, llevadas del deseo de poner término á las luchas entre los nobles y á los desmanes que éstos cometían, disputándose encarnizadamente el poder. Y á fe que no hubo motivo sino de felici-



VISTA GENERAL DE LA CATEDRAL.

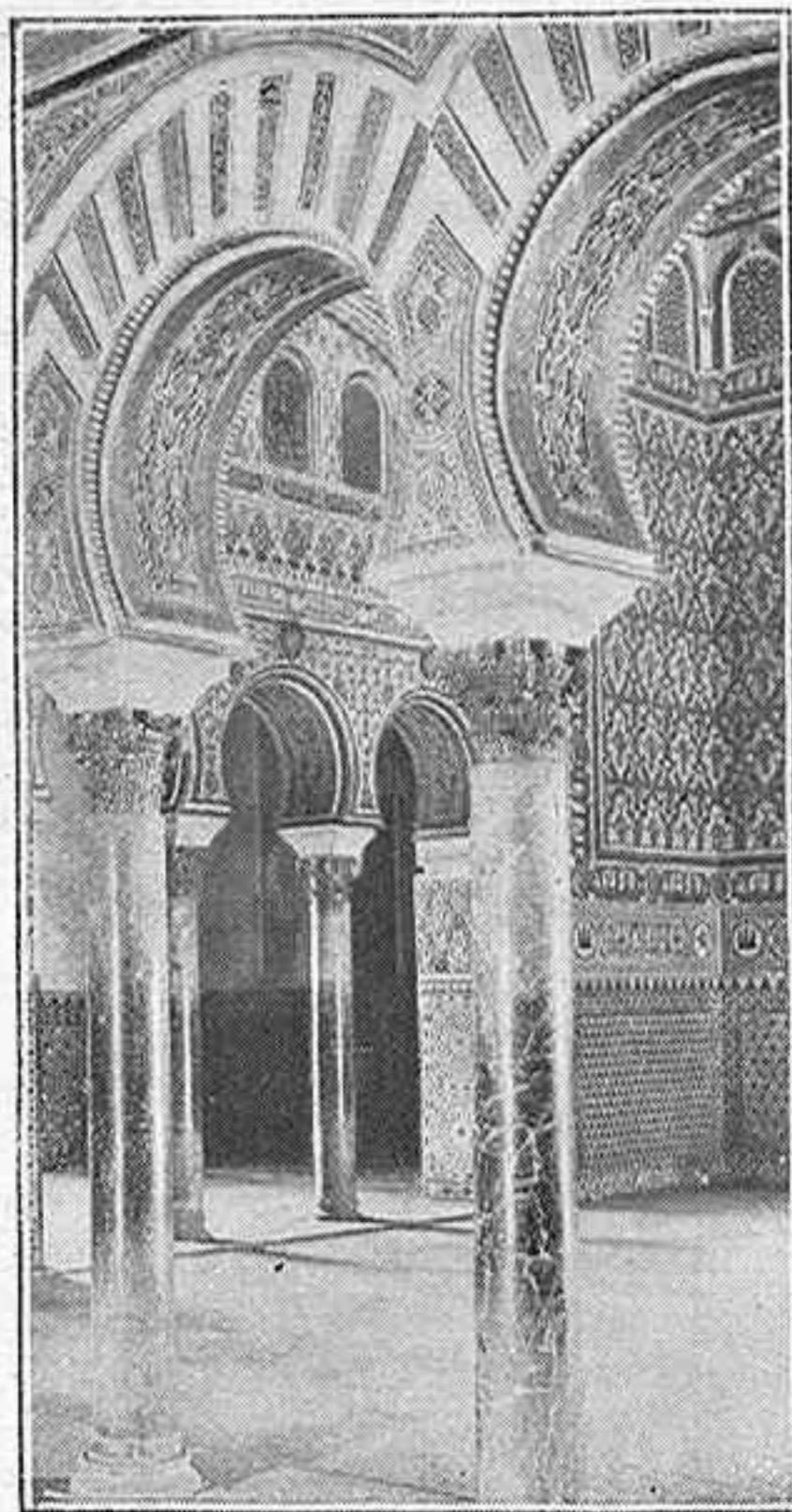
tarse por semejante determinación, pues el Monarca empuñó el cetro con mano fuerte ó, hablando con más propiedad, requirió la espada, y no sólo consiguió enfrenar á la turbulenta nobleza, sino que, en varias compañías, recobró algunas ciudades de que se habían apoderado los navarros, y revolviendo luego contra los moros, se apoderó de Cuenca, devastó los campos de Murcia y Andalucía y llegó con sus tropas hasta los muros de Algeciras, desde donde dirigió á Jacob, emperador de Marruecos, el siguiente cartel de desafío:

«En el nombre de Dios, clemente y misericordioso: El Rey de los cristianos, al Rey de los musulmes.

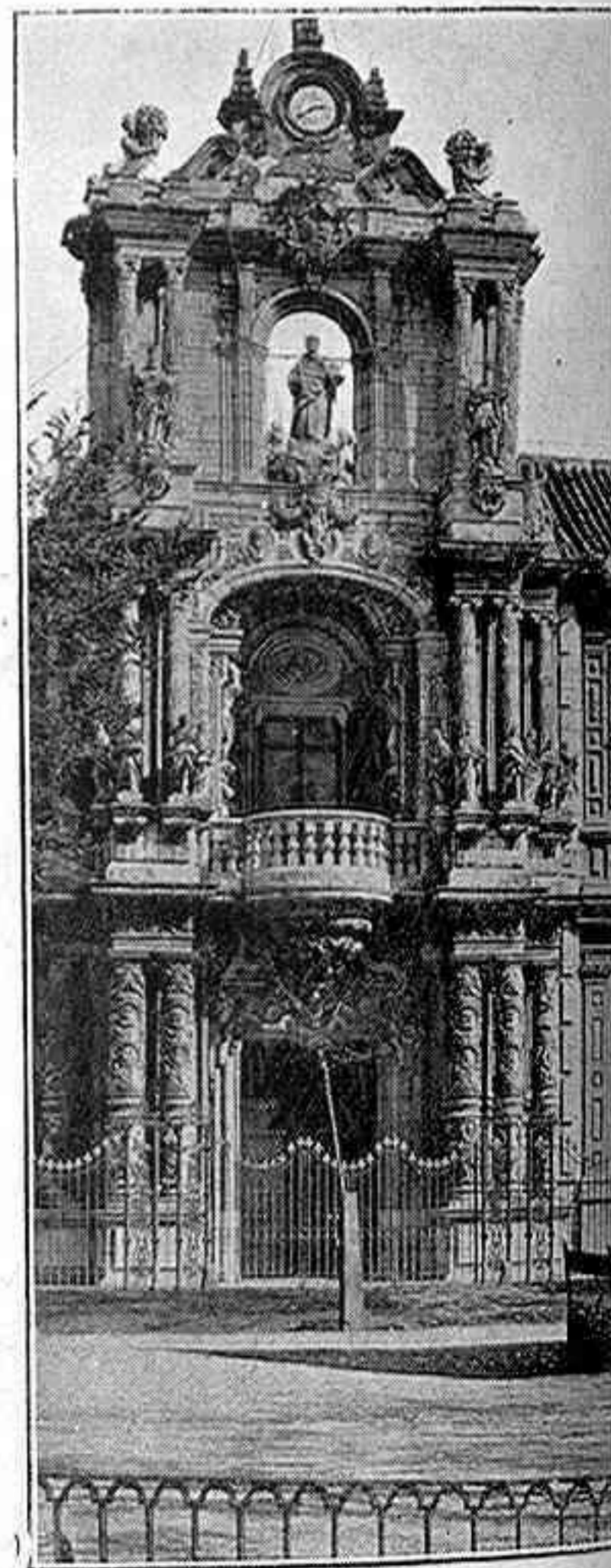
»Puesto que, según parece, no puedes venir contra mí, ni enviar tus gentes, envíame barcos, que yo pasaré con mis cristianos donde tú estás y pelearé contigo en tu misma tierra; con la condición de que, si me vencieres, seré tu cautivo; mas si yo salgo vencedor, todo será mío.»

Jacob ardió en ira al recibir semejante reto que, dicho sea entre paréntesis, demuestra entre otras cosas, que en 1194 debíamos estar tan bien provistos de marina como á fines del siglo XIX; el marroquí creyó que no podía dejar sin venganza el agravio recibido; predicó la guerra santa y entusiasmó á los suyos hasta el punto de reunir un ejército «tan numeroso como las arenas del mar,» según expresión de un cronista, (aunque es de suponer que ya sería algo menos;) y con tan considerables fuerzas pasó á España, encaminándose al encuentro del Rey castellano que se había atrevido á retarle.

No estaba ocioso entretanto Alfonso VIII. Apreciando la importancia del nublado que se le venía encima, hizo alianza con los



ALCÁZAR — ENTRADA DEL SALÓN DE ENBAJADORES.



PORTAL DEL PALACIO DE SAN TELMO.

Monarcas de León y de Navarra, á fin de hacer frente, con probabilidades de éxito, al temible agarenos.

Pero ocurrió, como otras veces, que ya por imposibilidad material de llevar las cosas con la premura necesaria, ya por celos, malevolencias ó restos de antiguos resentimientos, ni el leonés ni el navarro enviaron los socorros prometidos, y el Monarca de Castilla hubo de habérselas con Jacob y sus imponentes fuerzas, sin poder oponer á éstas más que un ejército reducido y fatigado por las anteriores campañas.

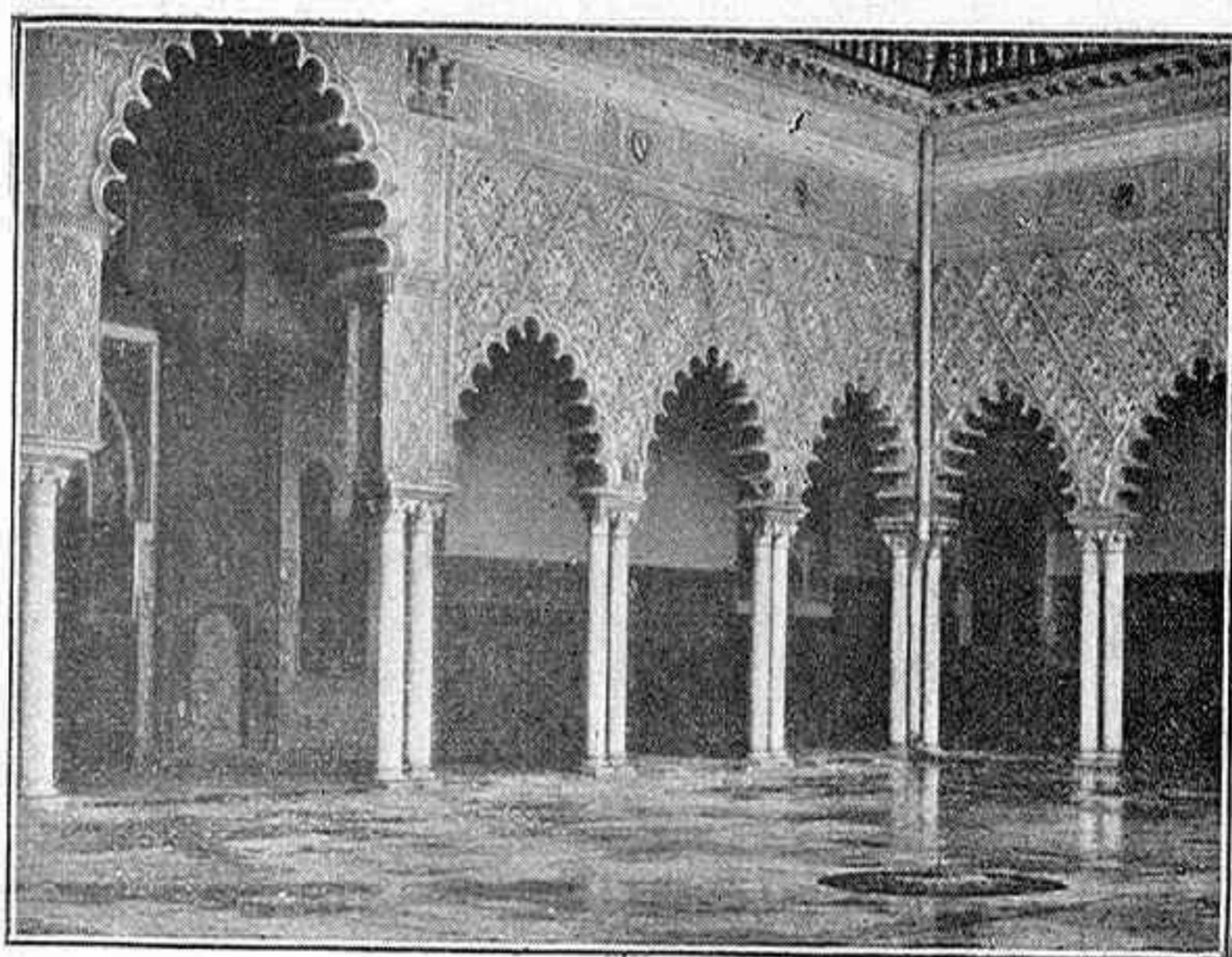
El resultado tenía que ser forzosamente desastroso para nuestras armas; y en efecto, avistados ambos enemigos en los campos de Alarcos, lucharon larga y tenazmente hasta que, al fin, la victoria se decidió por los marroquíes. Allí pereció la flor del ejército español, y suerte fué que no sucumbiere también el mismo Monarca castellano, que peleó como un bravo durante toda la funesta jornada.

Retirados los cristianos, y sin enemigos que á su paso pudieran ya oponerse, Jacob se internó en Castilla y llegó hasta Guadalajara, llevándolo todo á sangre y fuego, con cuyo resultado dióse por satisfecho y volvióse atrás.

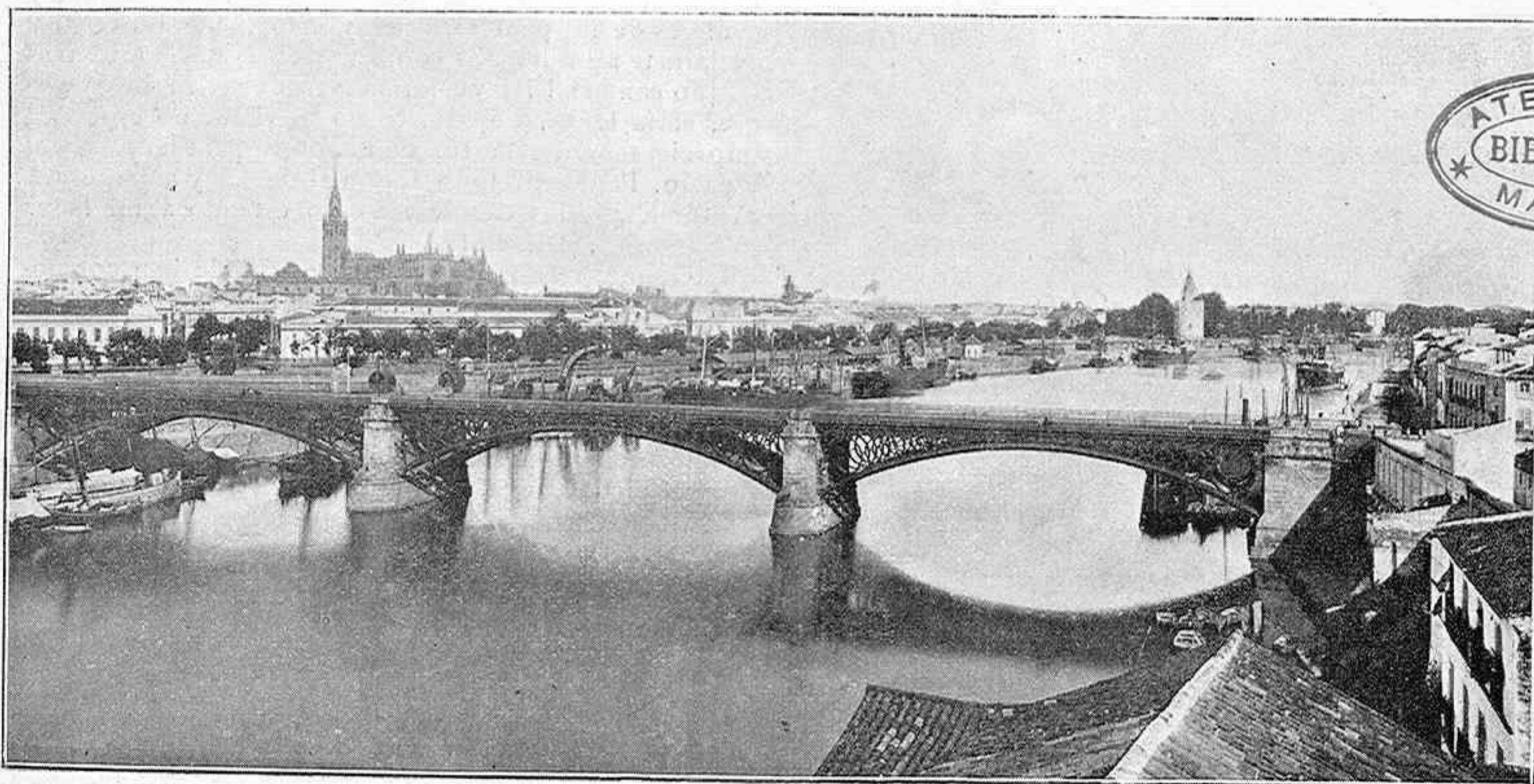
Sensible fué aquel fracaso, y ésto no obstante, resultó para los nuestros, más provechoso que un triunfo, por varios conceptos. Y como sería sensible que se creyera el lector en el caso de recordar la frase del vulgo: «El que no se consuela es porque no quiere,» vamos á indicar sumariamente los beneficios que aquella catástrofe trajo consigo.

En primer lugar, enseñó á los Monarcas de las diversas regiones españolas á dejarse de rencillas y mezquindades y á saber juntar á tiempo sus esfuerzos contra el enemigo común, merced á lo cual, diecisiete años después, el mismo Alfonso VIII, unido á sus colegas, ganó al hijo de Jacob la famosa victoria de las Navas de Tolosa, victoria que conmemora la Iglesia con el nombre de *El Triunfo de la Cruz*.

Además, como quiera que á raíz de la derrota de Alarcos el Monarca de Castilla guerreó brevemente contra los de León y Navarra, achacándoles la culpa de su fracaso, y no sin razón por cierto, esta corta lucha terminó



PATIO DE LAS DONCELLAS.



PANORAMA TOMADO DESDE EL PUENTE DE TRIANA.



con el casamiento del soberano leonés, Alfonso IX, y Berenguela, hija del Rey castellano, de cuya afortunada unión nació Rey tan glorioso y de tan trascendental importancia en nuestra patria historia, como Fernando III, el Santo.

Y, por último, para que el influjo de la susodicha derrota fuese grande y feliz en el terreno del arte, como según acabamos de ver lo había sido en el militar y el político, Jacob, á fin de celebrar el triunfo alcanzado, levantó en Sevilla ese hermoso monumento del arte árabe, conocido universalmente bajo el nombre de la Giralda, y del cual acaso hayamos de hablar con detenimiento en otro artículo.

En el presente, no nos es posible pasar de la indicación del hecho á que la soberbia torre debe su origen.

EDUARDO BLASCO

Fotografías de Hauser y Menet.

ENTRE JILGUEROS

Un precioso jilguero volaba rápidamente por el espacio durante una hermosa mañana del mes de Abril. Cesa de pronto en su raudo vuelo y pósase en la rama de un árbol que se balancea bajo el peso del pintado pajarillo que, columpiándose dulcemente y mirando en todas direcciones, comienza á lanzar al aire los melodiosos trinos de su garganta que se hincha al cantar; erizándose las finísimas plumas que le cubren.

Una hembra viene á colocarse junto á él y, con mucha coquetería, levanta sus alas y pasa su pico por bajo de ellas.

El macho la miraba y exclamaba *para su fuero interno*. ¡Qué bonita es! ¡Qué movimientos tan graciosos! ¡Qué pico tan fino! ¡Si yo me atreviese!... pero no se atrevía; era muy tímido: ¡como que nunca había tenido amores!

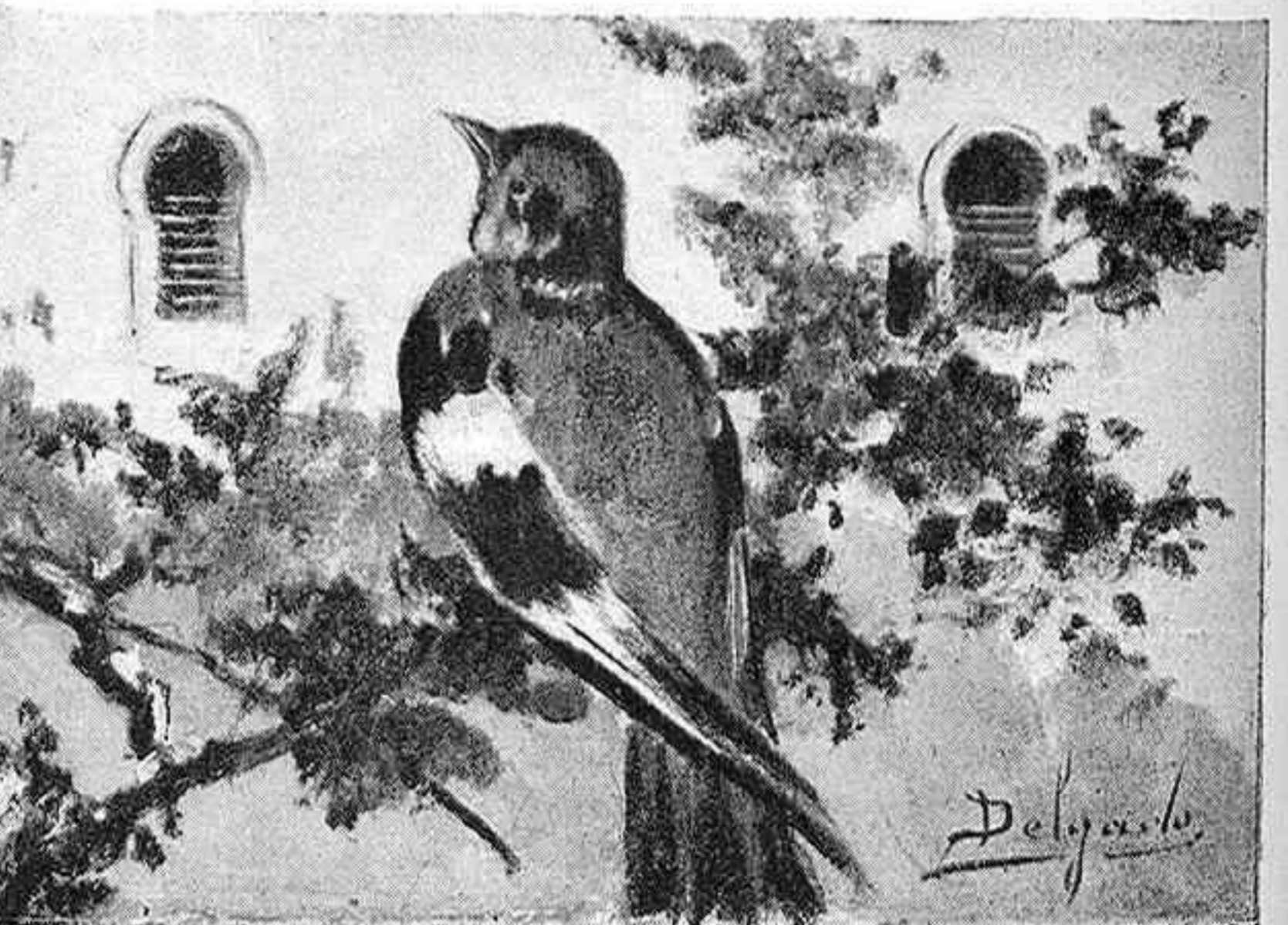
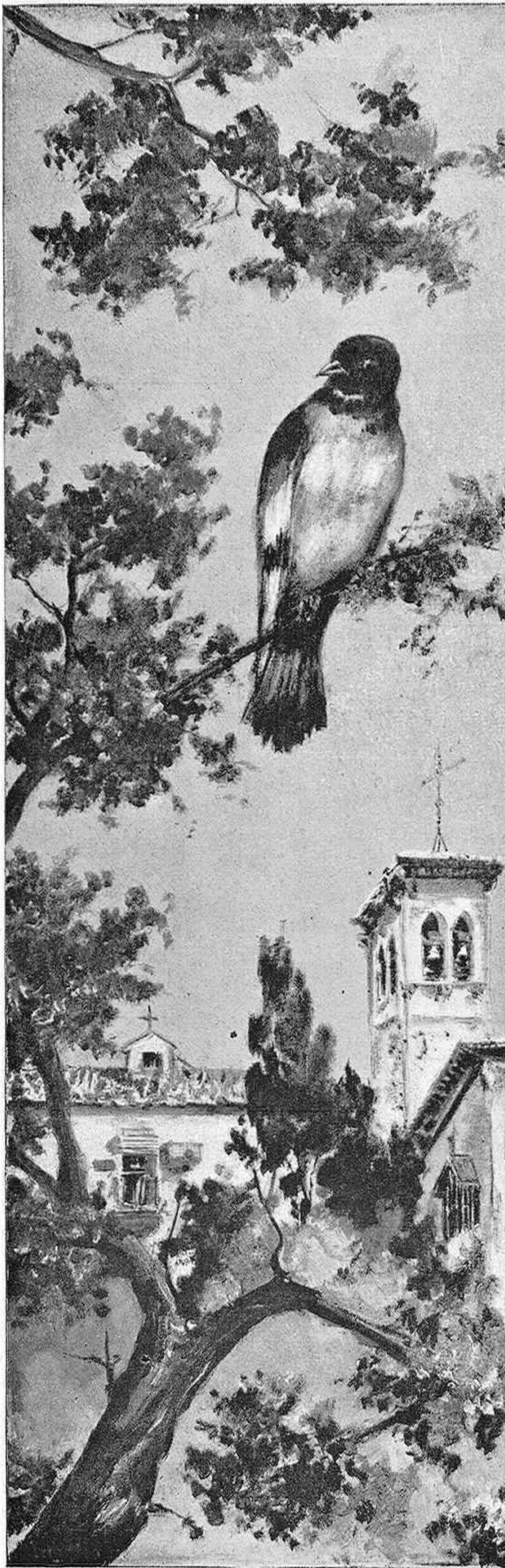
La hembra le miraba á su vez y se decía: ¡Qué gentil y qué opuesto es este jilguero: me gusta mucho. ¡Si no fuera porque mi decoro de hembra me impide dirigirme á él, ya le hubiese preguntado: ¿qué haces ahí mirándome como un tonto? ¿Por qué no me hablas? ¿No comprendes que lo estoy deseando?... ¡Nada!... ¡Mudo que mudo!... Me iré á ese otro árbol para ver si me sigue. Y la hembra, extendiendo sus alas, trasladóse al sitio indicado.

Entonces, el macho dijo tristemente: ¡Se va!... ¿Se habrá marchado enfadada porque nada le he dicho?... Yo debía ir junto á ella y hablarle. ¡Ea! tengamos valor; ¡lancémonos! Y el jilguero voló á la hembra. Escucha, preciosa mía; la dijo. Yo te amo. Temó que te alejes de mí para siempre y ésto hame inducido á declararte mi amor. Si yo no te viera, estaría muy triste; ¡no cantarí! Mi vuelo, en vez de ser rápido y alegre, sería lento, pesado. Si no te viera, no esperaría impacientemente la luz de la aurora para lanzarme al espacio. Para mí, todo serían tinieblas y amargura... ¿Y tú?... ¿Serías desgraciada no estando á mi lado? ¿Me amas?... ¡Dímelo!

La hembra respondió: ¡te amo; sí! Me han conmovido tus palabras y han hecho de mi corazón un tesoro de ternura para ti. ¿Dónde quieres que pongamos nuestro nido?

Aquí mismo; en este árbol donde me has hecho feliz correspondiendo á mi cariño.

Y los dos jilgueros celebraron sus esponsales dándose el pico. Luego, muy juntitos, volaron y llegaron





á la orilla de un arroyo, parándose en ella. El macho introdujo su cabecita en aquella agua cristalina, y la sacudió para que las gotas llegaran hasta su compañera, que las recibía muy complacida. Después, ella también metió su cabeza en el transparente líquido y bañó las plumas de su amado jilguero.

Así estuvieron jugando, echándose agua, volando de árbol en árbol, de piedra en piedra, de mata en mata, de flor en flor, hasta que, fatigados de tan continuado ejercicio, descansaron en una peña.

Un día, el macho dejó á la hembra en el nido, y fué en busca de comida para sus hijuelos.

Poco tiempo después, un canario vino á colocarse en la misma rama en que estaba la jilguera con su cría.

Ver á la madre y enamorarse de ella, fué obra de un momento, y obra de otro momento fué también la declaración: el canario era muy atrevido.

Indignóse la jilguera y dijo que no podía escuchar aquellas palabras, *porque era casada*.

¿Cómo vas á comparar mi canto al de tu esposo? ¿Cómo vas á comparar sus trinos á mis melodías, á mis arpegios, á mis escalas? dijo el canario.

Tu canto es muy fuerte y hiere los oídos; contestó la jilguera. Prefiero el diapasón más dulce de mi esposo, á tus chillidos; y en cuanto á tu plumaje, se me antoja fúnebre, porque el amarillo es el color de los cadáveres y el de las *siempre vivas*, que son las flores que colocan en las coronas que les dedican como recuerdo. Conque... ya lo sabes: ahora vete, porque mi esposo volverá pronto y si te ve...

¿Qué me importa tu esposo?

En este momento presentóse el jilguero que rugió de ira al ver al canario. ¿Qué haces aquí? le preguntó.

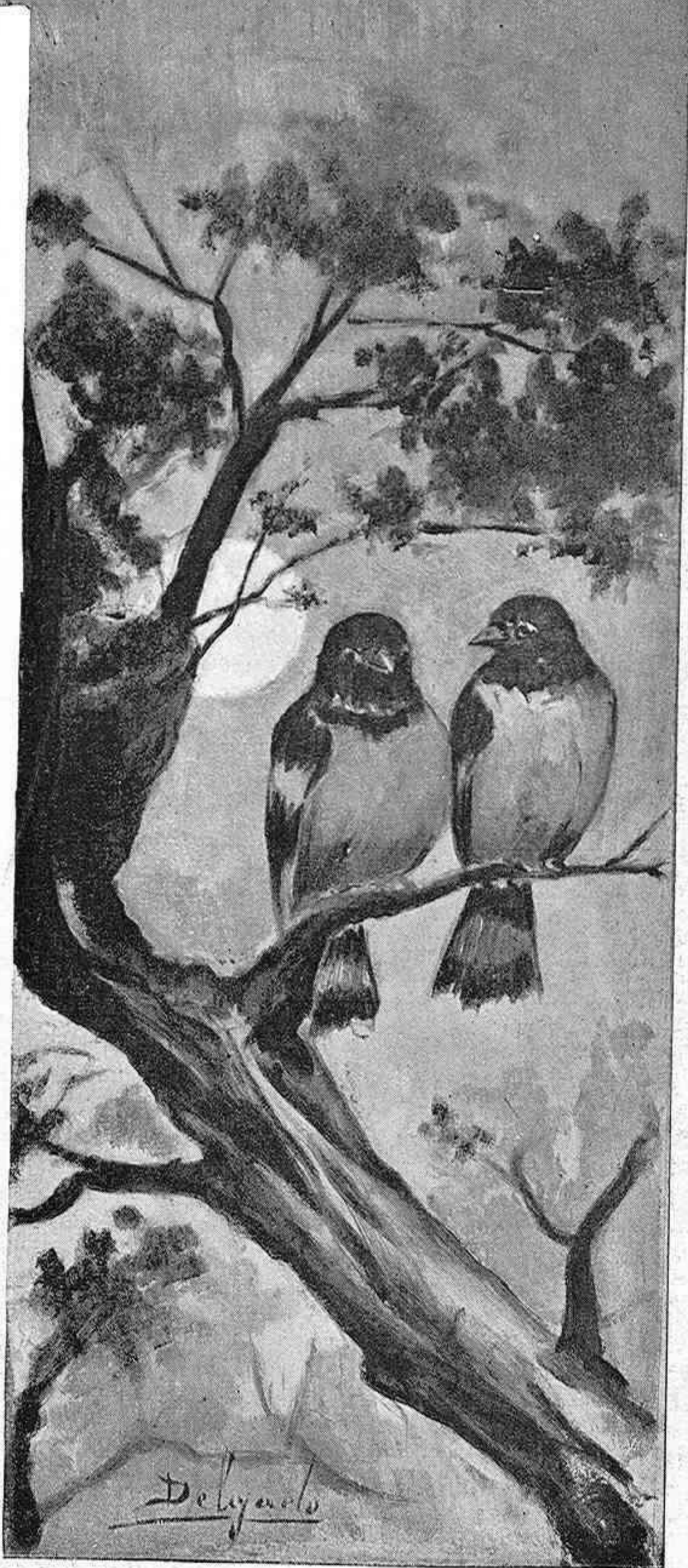
Hablando con tu hembra que me gusta; respondió descaradamente el pajarillo de fúnebre plumaje.

Entonces el jilguero, ciego por la rabia, lanzóse sobre el canario, al que picoteó furiosamente. Juntos rodaron del árbol al suelo y allí continuaron su lucha, desesperada y á muerte.

La hembra abandonó el nido, auxilió á su esposo en la pelea, y bien pronto el canario no fué más que un cadáver. Despojáronle de sus plumas, que sirvieron para tapizar el nido, y allí, sobre aquellos despojos de su victoria, duermen nuestros dos jilgueros, cual dos caudillos vencedores que descansan sobre sus laureles.

FRANCISCO DE TORRES Y GIBERT

Ilustraciones de M. OBIOLS DELGADO.





HISTORIA DE AMOR

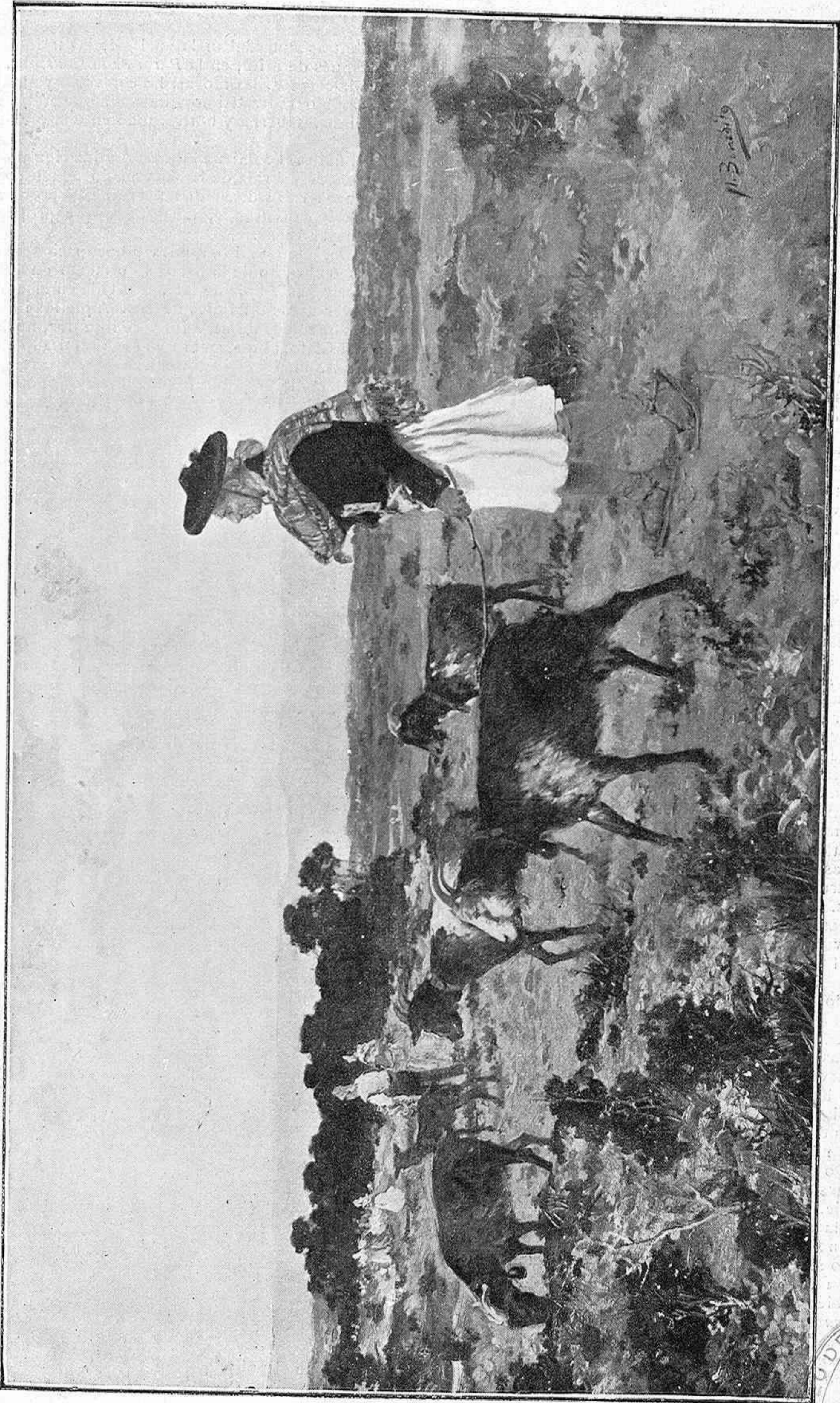
Noche invernal... triste,
[obscura...
sin una estrella en el cielo...
Cae nieve, formada hielo,
de la ensombrecida altura.
Por una estrecha calzada
del poblacho no distante,
va una mujer jadeante
soportando la nevada.
En sus brazos ateridos,
ansiosa abrigar procura
á una debil criatura
que exhala ahogados gemidos.
Cubre su rostro de besos,
camina penosamente,
¡y parece que no siente
que el agua hiela sus huesos!
—¡Calla, mi bien,— la cuitada
entre lágrimas murmura,—
que tu llanto, de amargura
llena mi alma lacerada.
¿Tienes hambre? ¿tienes frío?
¿tienes miedo á la tormenta?
¡Muerde el pecho, y alimenta
tu corazón con el mío!
Pobre, sola, abandonada,
subo mi triste calvario,
y veo el blanco sudario
que me aguarda en la nevada.
Me canso... No llegaré
antes de apuntar el día

á la modesta alquería
donde nací y me crié.
Salí de mi hogar, en pos
del amor de un falso amigo,
y hoy me anonada el castigo
que le plugo darme á Dios.
¡Fuí estrella, fuí reina, ¡diosa!
gocé dichas y placeres;
¡me envidiaban las mujeres,
por lo altiva y por lo hermosa!
Al fin, el hombre cruel
á quién rendí mi albedrío,
huyó, dejándome ¡impío!
sólo quebrantos y hiel.
Luché y caí en el arroyo,
¡por tí, gloria!, hasta que un día
me acordé de la alquería,
y quise buscar su apoyo.
Soñaba en la salvación
por la piedad del destino,
y hoy desmayo en el camino,
antes de mi redención.
¡Falta poco!... Allá, á lo lejos,
veo, al nacer la alborada,
de mi iglesia venerada
las torres y los reflejos.
Pero ¡ay! mi cuerpo extenuado
se dobla, me mata el frío...
¡Es el invierno, Dios mío,
de una vida de pecado!
La luz huye de mis ojos...
no puedo, no... ¡estoy
[helada!...
...Dijo así y cayó postrada
la pobre madre, de hinojos.
Después, quedó sin acción
su cuerpo yerto, en el suelo,
y el alma voló hacia el cielo
para demandar perdón.
¡Bien pensó la desgraciada!
¡Que al recorrer su calvario
encontraría el sudario
de su cuerpo, en la nevada!

FLORETE

DIBUJO, de MARIANO PEDRERO.

MANUEL BENEDITO



CABRERO DE LA HUERTA DE MURCIA.

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).



LITA

MUCHAS veces ya, en la fuente de *Sallarua*, en la playa — mientras aguardaban la vuelta de las traineras que habían salido *á la sardina*—en el porche de la iglesia, después de misa, en la *Plaza de la Constitución* los domingos, entre baile y baile... por fin, á veinte varas de la tienda-correos, las mozas, las comadres y algún que otro zagalón de Arbás, habían tratado del caso. Y era éste, el cambio radicalísimo que venía operándose en el humor de don Cleto, jefe de la cartería y dueño de los ultramarinos, taberna y botica, todo en una pieza, únicos establecimientos en su género del pueblo.

Una mozuela, más avispada y observadora que la generalidad, fijaba el comienzo de las cavilaciones de don Cleto, poco después de la muerte de su tío el párroco de Contrueces y á raíz de haber tomado aquél posesión de la herencia. Consistió ella en media docena de prados de buena calidad, en dos tierrezuelas propias para el cultivo del maíz, su poquito de *papel del gobierno* y una librería tan grande, tan grande que proporcionó carga muy cumplida para un carro de los mayores, que la trujo hasta Arbás.

Quejábanse las muchachas guapas de que el cartero-ultramario, víctima de grandes preocupaciones, no les acariciaba ya, como solía antes al descuido, los brazos desnudos ó el oyito de la barba so pretexto de quitarles una mota, mientras escurría en la botella de vidrio la medida aceitera de hoja de lata, acostada en el embudo, ó hacía un primoroso cucurucho de papel de estraza para envolver arroz ó frijoles negros. Aquellos inocentes escarceos que pagaba algunas veces el pobre viejo, colmando las medidas de cereales y de líquidos, no habían vuelto á repetirse desde que llegó al pueblo la pícara librería. Don Cleto, al que siempre le habían tirado un poco las antigüedades, gastaba, desde aquella fecha, poquísimas palabras, medía lo justo, entregaba las cartas de los novios (soldados en la Península y en Ultramar), sin comentarios maliciosos de ninguna especie y no había ya rapaz que pudiera alabarse de haber conseguido—como en otros tiempos—un par de triquitraques á cambio de un mandado.

Durante la siesta, en los meses calurosos, no bien despachaba el correo ó las medicinas, dejaba á Micaelita al cuidado del establecimiento y se perdía en las obscuridades de la trastienda para devorar allí un libraco tras otro.

Y vino el invierno y en los días lluviosos, en que el despacho aminoraba, don Cleto, sentado junto á la tarima del brasero, dale que le das á la lectura, no levantaba cabeza hasta las oraciones.

* * *

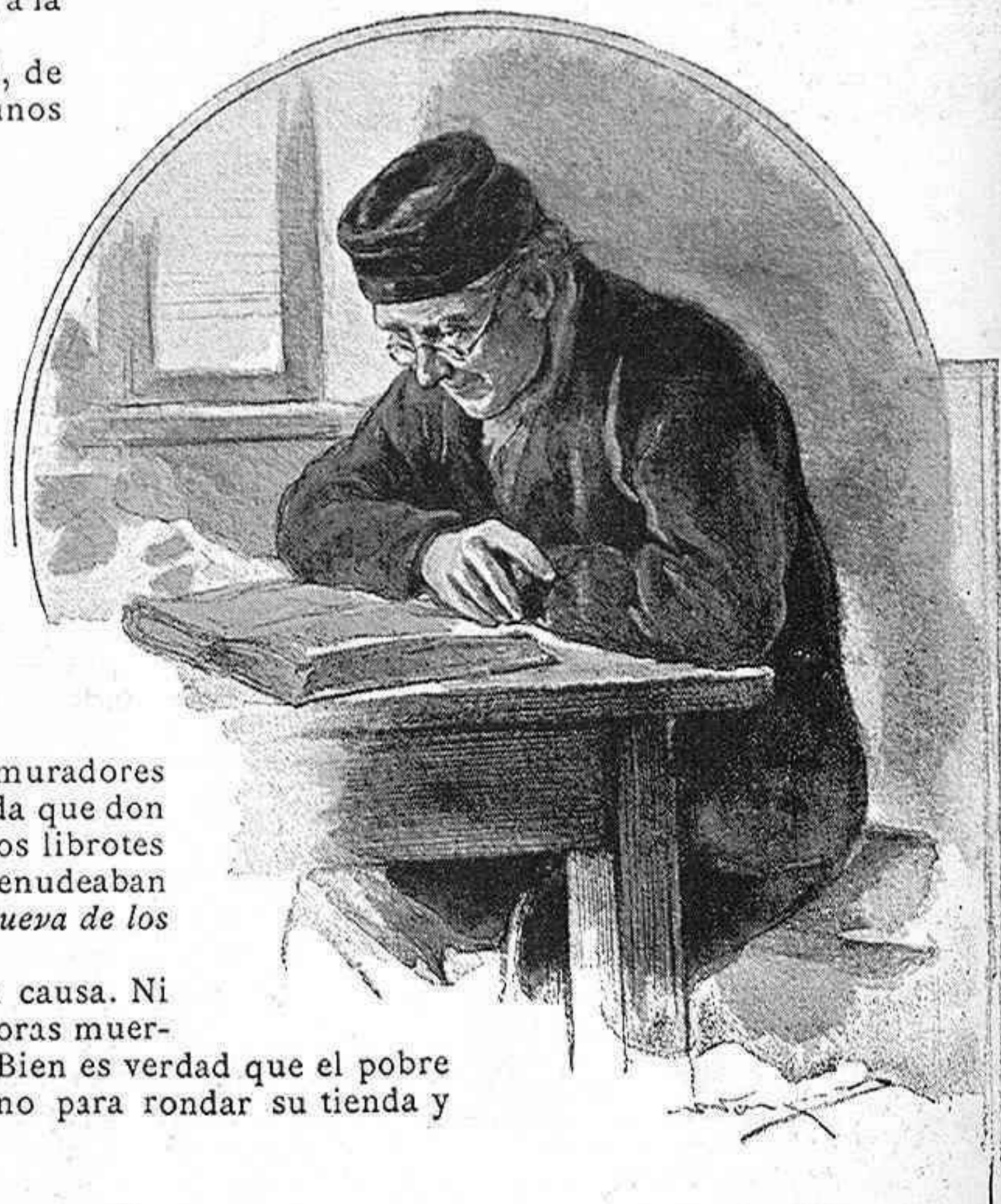
Soy poco aficionado al estudio de la prehistoria ó protohistoria, no sé tampoco una sola palabra de geología ni menos de paleontología, y en botánica, me encuentro á la altura de los vendedores ambulantes que, arreando al florido borriquillo, pregonan por las calles de Madrid *el tiesto de claveles dobles*. Por todo lo cual, de *la gruta de los diamantes* puedo decir muy poca cosa *físicamente*. Que su entrada se ve cubierta en todo tiempo, aunque sólo en parte, de frondosísimos matorrales. Que así y todo no es difícil, como la de otras muchas viviendas primitivas en las que es preciso entrar á gatas. Que ha servido, quizá desde el Diluvio, y suele servir aún, de encerradero de ganado lanar y cabrío, sobre todo en los meses de calor. Que debe su nombre á las filtraciones de la bóveda, menudas gotas que un rayo de sol, atravesando las zarzas del ingreso, descompone en los colores del prisma. Por lo que deberían conocerla en el país más propiamente por la *cueva de las piedras preciosas*. Se compone, como si dijéramos, de sala con dos gabinetes, uno á cada extremo de aquélla. Entrando, se descende en suave rampa hasta el centro de la habitación mayor, y desde allí, se contempla la puerta, á la altura de una claraboya muy grande.

Las paredes de la sala parecen, á primera vista, de construcción moderna y hasta enlucidas por algunos sitios. Por lo que proporcionaron en todo tiempo materia escriptoria á los gansos del pueblo y al vulgo de los visitantes.

El techo y los muros, llamémoslos así, de los gabinetes, sobre todo del de la derecha entrando, ofrecen superficies quebradísimas: parecen atacados de colosales viruelas confluyentes, entre las que, de trecho en trecho, brotan frescas matas de culantrillo. Por fin, dentro de la cueva huele agradablemente á búcaro mejicano humedecido.

Si no me ocurre más amplia descripción física de la gruta, podría en cambio llenar muchos números de *La Nación* de Buenos Aires, pongo por caso, describiendo pérdidas y hallazgos amorosos ocurridos en aquel solitario paraje. Quédese para otro día, y consignemos que la gente más desocupada de Arbás, los murmuradores de uno y otro sexo, habían observado que, á medida que don Cleto se enfrascaba más y más en la lectura de los librotos de su difunto tío, el párroco de Contrueces, menudeaban también las visitas del cartero-ultramario á la *cueva de los diamantes*.

Nadie, sin embargo, había podido averiguar la causa. Ni *Manano, el tonto del pueblo*, que solía pasarse las horas muertas en la gruta, sabía á qué iba á ella don Cleto. Bien es verdad que el pobre imbécil aprovechaba las ausencias del ultramarino para rondar su tienda y deleitarse contemplando á Micaelita.



Todo era en ella diminuto, menos la bondad que rebosaba su alma, tan grande que parecía mentira cómo cupiese en el mezquino estuche.

Al tonto correspondía, sin duda, el privilegio de haber adivinado aquellos tesoros en los que, no obstante la carnaza de los pesos duros ahorrados por don Cleto, ningún mocito del pueblo reparó.

Micaelita, con melancólica complacencia, trataba de corresponder á la idolatría de Manano, obsequiándole con mil churrerías y vistiéndole, en las cuatro estaciones, con los desechos paternos. Siempre que el tonto recibía un obsequio cualquiera de su amada, dando cuatro brincos como un buche, rebuznaba esta jerga incomprensible:

—«¡Mija, remija, zapalatiya, viva mi Lita!»



* * *

Hasta el maestro de escuela, que tenía ojeriza á don Cleto desde que éste se metió á sabio, tuvo que confesar, á regañadientes, que el descubrimiento se galleaba, casi casi, con el de América.

¡Ahí es nada, ... una inscripción de la epigrafía cartaginesa!

Entre los libros del párroco, había encontrado su sobrino un curioso y extenso manuscrito relativo á la dominación ejercida, durante cuatro siglos, poco más ó menos, sobre España libre, feliz é independiente, por los traidores que se fingieron amigos para ser señores.

Don Cleto se engolfó primero en la lectura del infolio y después en la de cuanto libraco podía tener con él relación mediata ó inmediata. Estudiaba el alfabeto cartaginés ó feniciolítico en la Enciclopedia de Montaner y Simón, cuando una mañana, visitando con un forastero la *cueva de los diamantes*, le pareció ver escritos sobre un pedrusco, en lugar muy oculto del gabinete de la derecha, caracteres extraños y al parecer semejantísimos á los del abecedario cuyo estudio tanto le entretenía. Volvió después muchas veces sólo á la gruta; examinó detenidamente el letrero, cuyos signos parecían trazados con almazarrón, hizo una copia muy fiel y siguió estudiando sin comunicar á nadie sus sospechas. Se suscribió después al *Boletín de la Real Academia de la Historia*, ingresó en la Sociedad de excursionistas de la provincia, y trabó relaciones con dos individuos de la *Comisión de monumentos*. Por fin, cuando hubo examinado con gran detención, comparándolas entre sí, reproducciones gráficas de las conocidas monedas cartaginesas de Malaca (Málaga), y Ebussus (Ibiza) y el facsímile del letrero de la caverna, se decidió á publicar su estupenda invención. No cabía duda; los signos de aquellas piezas numismáticas, que llevan cabezas varoniles cubiertas con un cubilete idéntico al de fieltro blanco con que juegan los payasos en nuestros circos, templo tetrástilo y salvaje de los coros de la Africana, eran los mismos caracteres pintados en la piedra de la cueva. Don Cleto no había podido averiguar exactamente la prosodia del idioma semita que hablaba el pueblo al que *España se abrió incautamente*; pero aceptando la correspondencia del alfabeto púnico con el nuestro en la piedra se leía *Rapi*. ¿Sería el nombre en cartaginés del pescado *rape* ó *pejesapo*? ¿Sería el nombre de un héroe? Esto ya era harina de otro costal y para averiguarlo se hacía precisa más detenida molienda.

* * *

A la entrada de la *cueva de los diamantes* montaban la guardia de honor é impedían el ingreso á la turba multa de pescadores y aldeanos, que trillaban los zarzales atropellándose por pasar, el único servidor armado

del municipio y el alguacil del juez municipal. Dentro, el señor cura, el alcalde, el maestro de escuela y unas cuantas personas más, de calidad en Arbás, rodeaban silenciosos á los dos individuos de la Comisión provincial de monumentos, amigos de don Cleto, quienes, provistos como los demás de sendas antorchas, asentían por completo á las observaciones del ultramarino relativas á su estupenda invención. El señor Anacleto, radiante de felicidad, iba explicando, en tono mesurado el proceso del descubrimiento, y cada vez que los sabios forasteros le daban la razón, se complacía él en mirar al maestro de escuela visiblemente contrariado.

Llegó por fin la ocasión de aventurar hipótesis, relativas á la lectura del vocablo famoso, y no bien soltó don Cleto la especie de que allí podía decir *Rapi*, cuando retumbó en la gruta la más estrepitosa carcajada.

En un rincón, hasta entonces inadvertido, estaba en cucliyas Manano metiéndose ambos puños en los ijares.

—*Rapi, Rapi*,... jajá... jajá... jajá... *Rapi!*

Y no conseguían hacerle callar. Por fin enarboló el Alcalde su vara sobre la cabeza del imbécil, gritándole: —¿Di animal, por qué te ríes? habla ó te deslomo.

—*Rapi, Rapi*... ahí no dice.

—¿Pues qué dice, bestia?

—¿Bestia, no; dice *Lita*... *Lita*...; si lo sabré yo que lo he ponío?

—¿*Lita*? — murmuró don Cleto que agonizaba. —¿*Lita*?

—¿Y qué quiere decir eso?

—Pus Micaelita, el nombre de la su fija.

Y el tonto, abriéndose paso á coces y empellones, salió disparado de la cueva, dando saltos como un buche, mientras rebuznaba con más furia que nunca.

—¡Mija, remija, zapalatiya, viva mi *Lita*, mi *Lita*!

Al mísero don Cleto lo llevaron entre cuatro á la tienda-correos, y meses después realizó el comercio y fué trasladado por la Dirección, con ascenso, á servir en un pueblo lejano.

Ni Job hubiese aguantado en Arbás la cantaleta y vaya sempiterna que chicos y grandes, en su casa y á espaldas del paciente, le daban, coreando á Manano, con *Lita, viva mi Lita*.

EL CONDE DE LAS NAVAS

Ilustraciones de NICANOR VÁZQUEZ.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

NUESTROS COLABORADORES



CASIMIRO PRIETO.

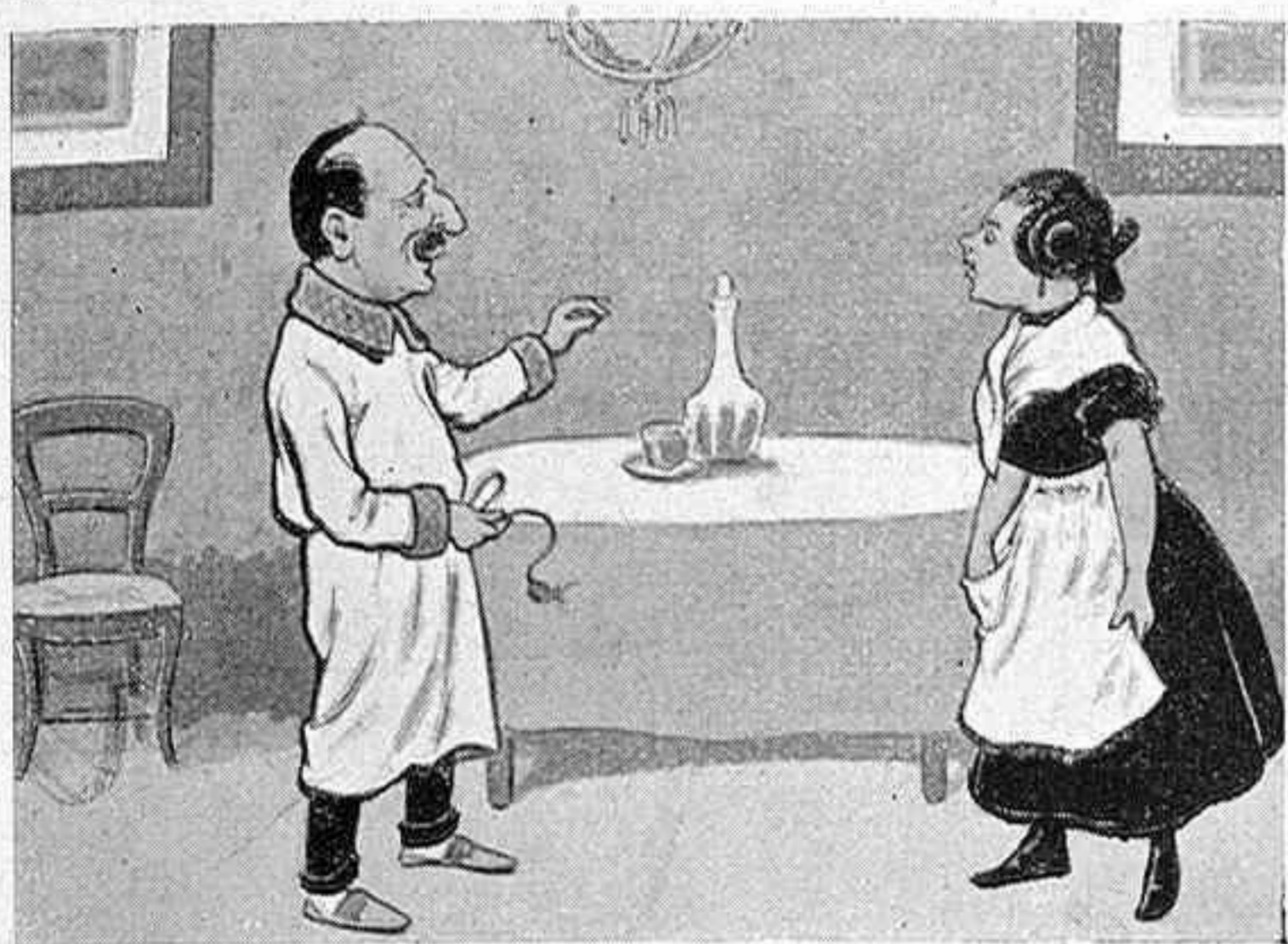
Inspirado poeta y notable periodista argentino,
Director del *Almanaque Sud-Americano*
que se publica en Buenos Aires



LEOPOLDO ALAS (*Clarín*).

Distinguido publicista y crítico español.
Catedrático de Derecho romano en la Universidad
de Oviedo.

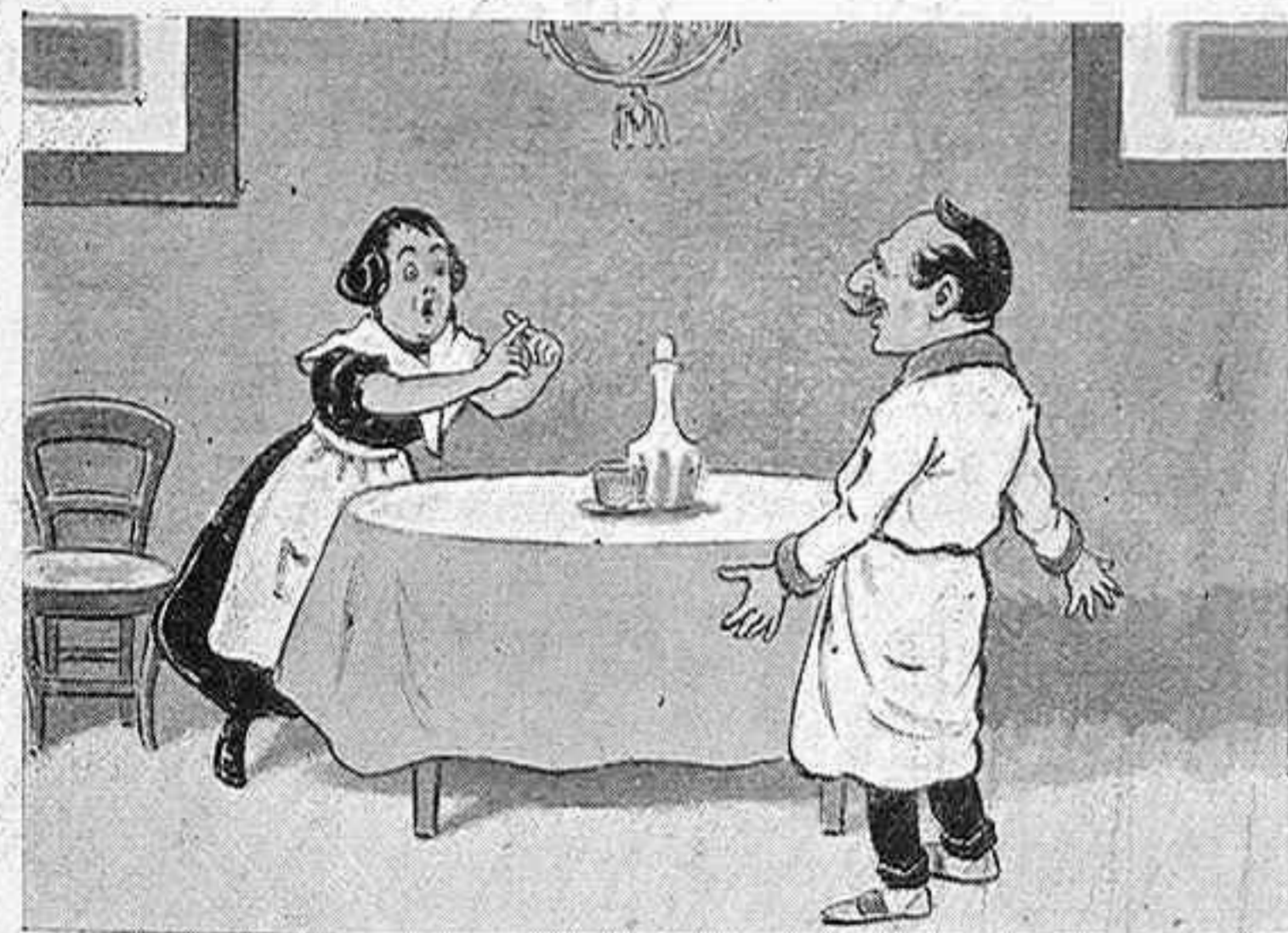
SONAMBULISMO PRÁCTICO



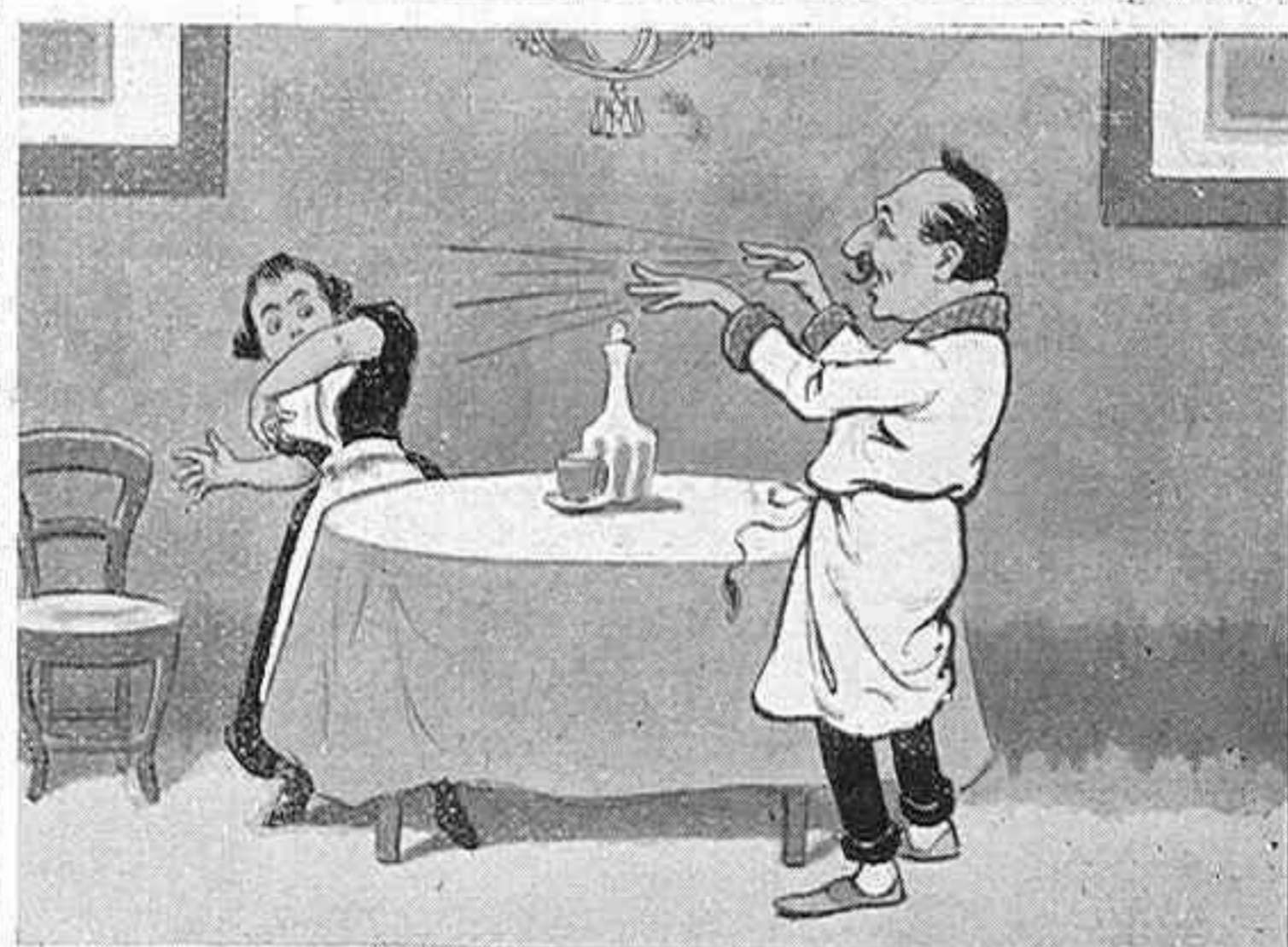
1. — Se me antoja que esa muchacha debe ser un *medium* excelente. ¡Si se prestara á un experimento! Oye, Colasa.
—¿Qué manda usted, señorito?
—Ven, acércate; más... más aún.



2. — ¿Pa qué? Entavía no sa convenció de que soy muy honrá.
—¡Tonta! quiero probar si te magnetizo.
—Te veo... Pos, misté, no me da la gana.
—No seas tonta. Pónte aquí y mírame á la cara.



3. — ¡Como la tiene usted tan bonita!
—Empiezo.
—¡Jesús; me da usted miedo con esa atitud! Paice un condenao. ¡Atrás, demonio!
—Chis; no te muevas que se pierde flúido.



4. — Dale; que no quiero.
—Estoy hecho una pila de Volta.
—Estese usted quieto, ú nos oirán los sordos.
—¿No admiras el poder de la ciencia? Toma... toma...



5. — Toma tú, pa que aprendas de modos. ¡Granuja, pillol!
—¡María Santísima! ¿te has vuelto loca?
—Ha sido la elitriciad, señorito... ¡Venga más!
—¡Cómo, si me has descompuesto el aparato!



Soliloquio final.
—¡Bueno me ha puesto la maldita! Por supuesto que bien empleado me está, por meterme con cierta clase de gente.
¡El peor mal de los males...!

CARTELES ARTÍSTICOS

**ANTIGUA
CASAS ANCHI**

Especialidad en Alfombras
Telas para muebles
Cortinajes y tapices
de varios estilos

A. de Riquelme
1899

Escudillers n° 75 - Barcelona - Teléfono n° 764